

sería nuevo gozo de los Santos, que todos la esperaban y deseaban. Y en estas ocasiones multiplicaba la piadosa Madre las peticiones y oraciones por la santa Iglesia, por los Apóstoles y discípulos, y todos los ministros que en los futuros siglos la servirían en la predicación del Evangelio y conversión del mundo, y para que todos los mortales le admitiesen y llegasen al conocimiento de la verdad divina.

718. Entre las maravillas que hizo el Señor con la beatísima Madre en estos últimos años, una fue manifiesta, no solo al evangelista san Juan, sino á muchos fieles. Esta fue, que cuando comulgaba la gran Señora quedaba por algunas horas llena de resplandores y claridad tan admirable, que parecía estar transfigurada y con dotes de gloria. Este efecto la comunicaba el sagrado cuerpo de su Hijo santísimo, que (como arriba dije ¹) se le manifestaba transfigurado y mas glorioso que en el monte Tabor. Y á todos los que así la miraban dejaba llenos de gozo y efectos tan divinos, que mas podían sentirlos que declararlos.

719. Determinó la piadosa Reina despedirse de los Lugares Santos antes de su partida para el cielo, y pidiendo licencia á san Juan salió de casa en su compañía, y de los mil Ángeles que la asistían. Y aunque estos soberanos príncipes siempre la servían y acompañaron en todos sus caminos, ocupaciones y jornadas, sin haberla dejado un punto sola desde el instante de su nacimiento; pero en esta ocasion se le manifestaron con mayor hermosura y refulgencia, como quienes participaban entonces nuevo gozo de que estaban ya de camino. Y despidiéndose la divina Princesa de las ocupaciones humanas para caminar á la propia y verdadera patria, visitó á todos los Lugares de nuestra redención, despidiéndose de cada uno con abundantes y dulces lágrimas, con memorias lastimosas de lo que padeció su Hijo, y fervientes operaciones y admirables efectos, con clamores y peticiones por todos los fieles que llegasen con devoción y reverencia á aquellos sagrados Lugares por todos los futuros siglos de la Iglesia. En el monte Calvario se detuvo mas tiempo, pidiendo á su Hijo santísimo la eficacia de la muerte y redención que obró en aquel lugar para todas las almas redimidas. Y en esta oración se encendió tanto en el ardor de su inefable caridad, que consumiera allí la vida mortal, si no fuera preservada por la virtud divina.

720. Descendió luego del cielo en persona su Hijo santísimo, y

¹ Supr. n. 607.

se le manifestó en aquel lugar donde habia muerto. Y respondiendo á sus peticiones la dijo: *Madre mia, paloma mia, dilectissima, y coadjutora en la obra de la redencion humana, vuestros deseos y peticiones han llegado á mis oidos y corazon; yo os prometo que seré liberalissimo con los hombres, y les daré de mi gracia continuos auxilios y favores, para que con su voluntad libre merezcan en virtud de mi sangre la gloria que les tengo prevenida, si ellos mismos no la despreciaren. En el cielo seréis su medianera y abogada; y á todos los que granjearen vuestra intercesion llenaré de mis tesoros y misericordias infinitas.* Esta promesa renovó Cristo nuestro Salvador en el mismo lugar que nos redimió. Y la beatísima Madre postrada á sus piés le dió gracias por ello, y le pidió que en aquel mismo lugar consagrado con su preciosa sangre y muerte le diese su última bendición. Dióselo su Majestad, y ratificóle su real palabra en todo lo que habia prometido, y se volvió á la diestra de su eterno Padre. Quedó Maria santísima confortada en sus congojas amorosas, y prosiguiendo con su religiosa piedad, besó la tierra del Calvario, y la adoró, diciendo: *Tierra santa y lugar sagrado, desde el cielo te miraré con la veneracion que te debo en aquella luz que todo lo manifiesta en su misma fuente y origen, de donde salió el Verbo divino que en carne mortal os enriqueció.* Encargó luego de nuevo á los santos Ángeles que asistiesen en custodia de aquellos sagrados Lugares, que ayudasen con inspiraciones santas á los fieles que con veneracion los visitasen, para que conociesen y estimasen el admirable beneficio de la redención que se habia obrado en ellos. Encomendóles tambien la defensa de aquellos santuarios; y si la temeridad y pecados de los hombres no hubieran desmerecido este favor, sin duda los santos Ángeles los hubieran defendido, para que los infieles y paganos no los profanaran; y en muchas cosas los defienden hasta el dia de hoy.

721. Pidióles tambien la Reina á los mismos Ángeles de los Santos Lugares y al Evangelista, que todos la diesen allí la bendición en esta última despedida; y con esto se volvió á su oratorio llena de lágrimas y cariño de lo que tan tiernamente amaba en la tierra. Postróse luego y pegó su rostro con el polvo, donde hizo otra prolija y fervorósima oración por la Iglesia; y perseveró en ella hasta que por la vision abstractiva de la Divinidad la dió el Señor respuesta de que sus peticiones eran oidas y concedidas en el tribunal de su clemencia. Y para dar en todo la plenitud de santidad á sus obras, pidió licencia al Señor para despedirse de la santa Iglesia, y dijo:

Altísimo y sumo bien mio, Redentor del mundo, cabeza de los Santos y predestinados, justificador y glorificador de las almas, hija soy de la santa Iglesia, adquirida y plantada con vuestra sangre: dadme, Señor, licencia para que de tan piadosa Madre me despida, y de todos los hermanos hijos vuestros que en ella tengo. Conoció en esto el beneplácito de su Hijo santísimo, y con él se convirtió al cuerpo de la santa Iglesia, hablándola con dulces lágrimas en esta forma:

722. *Iglesia santa y católica, que en los futuros siglos te llamarás romana, madre y señora mia, tesoro verdadero de mi alma, tú has sido el consuelo único de mi destierro; tú el refugio y alivio de mis trabajos; tú mi recreo, mi alegría, mi esperanza; tú me has conservado en mi carrera; en tí he vivido peregrina de mi patria; y tú me has sustentado despues que recibí en tí el ser de gracia, por tu cabeza y mia, Cristo Jesús, mi Hijo y mi Señor. En tí están los tesoros y riquezas de sus merecimientos infinitos: tú eres para sus fieles hijos el tránsito seguro de la tierra prometida, y tú les aseguras su peligrosa y difícil peregrinacion. Tú eres la señora de las gentes, á quien todos deben reverencia; en tí son joyas ricas de inestimable precio las angustias, los trabajos, las afrentas, los sudores, los tormentos, la cruz, la muerte; todos consagrados con la de mi Señor, tu Padre, tu Maestro, y tu cabeza, y reservadas para sus mayores siervos y carísimos amigos. Tú me has adornado y enriquecido con tus preseas para entrar en las bodas del Esposo: tú me has enriquecido, prosperado y regalado, y tienes en tí misma á tu Autor sacramentado. Dichosa madre, Iglesia mia militante, rica estás y abundante de tesoros. En tí tuve siempre todo mi corazón y mis cuidados; pero ya es tiempo de partir, y despedirme de tu dulce compañía, para llegar al fin de mi carrera. Aplícame la eficacia de tantos bienes; báñame copiosamente con el licor sagrado de la sangre de el Cordero en tí depositada, y poderosa para santificar á muchos mundos. Yo quisiera á costa de mil vidas hacer tuyas á todas las naciones y generaciones de los mortales, para que gozaran tus tesoros. Iglesia mia, honra y gloria mia, ya te dejo en la vida mortal; mas en la eterna te hallaré gozosa en aquel ser donde se encierra todo. De allá te miraré con cariño, y pediré siempre tus aumentos, todos tus aciertos y progresos.*

723. Esta fue la despedida que hizo María santísima de el cuerpo místico de la santa Iglesia católica romana, madre de los fieles, para enseñarles (cuando llegare á su noticia) la veneracion, amor y aprecio en que la tenia, testificándolo con tan dulces lágrimas y caricias. Despues de esta despedida determinó la gran Señora, co-

mo Madre de la sabiduría, disponer su testamento y última voluntad. Y manifestando al Señor este prudentísimo deseo, su Majestad mismo quiso autorizarle con su real presencia. Para esto descendió la beatísima Trinidad al oratorio de su Hija y Esposa, con millares de Angeles que asistian al trono de la Divinidad; y luego que la religiosa Reina adoró al ser de Dios infinito, salió una voz del trono, que la decia: *Esposa y escogida nuestra, ordena tu postrimera voluntad como lo deseas, que toda la cumpliremos y confirmaremos con nuestro poder infinito.* Detúvose un poco la prudentísima Madre en su profunda humildad; porque deseaba saber primero la voluntad de el Altísimo, antes que manifestara la suya propia. Y el mismo Señor la respondió á este deseo y encogimiento; y la persona del Padre la dijo: *Hija mia, tu voluntad será de mi beneplácito y agrado; no carezcas del mérito de tus obras en ordenar tu alma para la partida de la vida mortal, que yo satisfaré á tus deseos.* Lo mismo confirmaron el Hijo y el Espíritu Santo. Y con estas promesas ordenó María santísima su testamento en esta forma:

724. *Altísimo Señor y Dios eterno, yo vil gusanillo de la tierra os confieso y adoro con toda reverencia de lo íntimo de mi alma, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, tres personas distintas en un mismo ser indiviso y eterno, una sustancia, una majestad infinita en atributos y perfecciones. Yo os confieso por único, verdadero, solo Criador y Conservador de todo lo que tiene ser. Y en vuestra real presencia declaro, y digo, que mi última voluntad es esta: De los bienes de la vida mortal y del mundo en que vivo nada tengo que dejar; porque jamás poseí ni amé otra cosa fuera de Vos, que sois mi bien y todas mis cosas. A los cielos, astros, estrellas y planetas, á los elementos y todas sus criaturas doy las gracias; porque obedeciendo á vuestra voluntad me han sustentado sin merecerlo, y con afecto de mi alma deseo y les pido os sirvan y alaben en los oficios y ministerios que les habeis ordenado, y que sustenten y benefician á mis hermanos los hombres. Y para que mejor lo hagan, renuncio y traspaso á los mismos hombres la posesion, y, en cuanto es posible, el dominio que vuestra Majestad me tenia dado de todas estas criaturas irracionales, para que sirvan á mis prójimos y los sustenten. Dos túnicas y un manto, de que he usado para cubrirme, dejaré á Juan para que disponga de ellas, pues le tengo en lugar de hijo. Mi cuerpo pido á la tierra le reciba en obsequio vuestro, pues ella es madre comun, y os sirve como hechura vuestra. Mi alma despojada del cuerpo y de todo lo visible entrego, Dios mio, en vuestras manos, para que os ame y magnifique por toda vuestra eternidad. Mis me-*

recimientos, y los tesoros que con vuestra gracia divina y mis obras y trabajos he adquirido, de todos dejo por universal heredera á la santa Iglesia, mi madre y mi señora, y con licencia vuestra los deposito, y quisiera que fueran muchos mas. Y deseo que en primer lugar sean para exaltacion de vuestro santo nombre para que siempre se haga vuestra voluntad santa en la tierra como en el cielo, y todas las naciones vengan á vuestro conocimiento, amor, culto y veneracion de verdadero Dios.

725. En segundo lugar os los ofrezco por mis señores los Apóstoles y sacerdotes, presentes y futuros, para que vuestra inefable clemencia los haga idóneos ministros, y dignos de su oficio y estado, con toda sabiduría, virtud y santidad, con que edifiquen y santifiquen á las almas redimidas con vuestra sangre. En tercero lugar las aplico para el bien espiritual de mis devotos que me sirvieren, invocaren y llamen, para que reciban vuestra gracia y proteccion, y despues la eterna vida. En cuarto lugar deseo que os obliqueis de mis trabajos y servicios por todos los pecadores hijos de Adán, para que salgan del infeliz estado de la culpa. Y desde esta hora propongo y quiero pedir siempre por ellos en vuestra divina presencia, mientras durare el mundo. Esta es, Señor y Dios mio, mi última voluntad rendida siempre á la vuestra. Concluyó la Reina este testamento, y la santísima Trinidad le confirmó y aprobó; y Cristo nuestro Redentor como autorizándole en todo le firmó, escribiendo en el corazon de su Madre estas palabras: *Hágase como lo quereis y ordenais.*

726. Cuando los hijos de Adán, en especial los que nacemos en la ley de gracia, no tuviéramos otra obligacion á María santísima mas que habernos dejado herederos de sus inmensos merecimientos, y de todo lo que contiene su breve y misterioso testamento, no podíamos desempeñarnos de esta deuda, aunque en su retorno ofreciéramos la vida con todos los tormentos de los esforzados Mártires y Santos. No hago comparacion, porque no la hay, con los infinitos merecimientos y tesoros que Cristo nuestro Salvador nos dejó en la Iglesia. Pero ¿qué disculpa ó qué descargo tendrán los réprobos, cuando de unos ni de otros se aprovecharon? Todo lo despreciaron, olvidaron y perdieron. ¿Qué tormento y despecho será el suyo cuando sin remedio conozcan que perdieron para siempre tantos beneficios y tesoros por un deleite momentáneo? Confiesen la justicia y rectitud con que digna y justísimamente son castigados y arrojados de la cara del Señor, y de su Madre piadosísima, á quien con temeridad estulta desprecian.

727. Luego que la gran Reina ordenó su testamento, dió gracias al Omnipotente, y pidió licencia para hacerle otra peticion; y con ella añadió y dijo: *Clementísimo Señor mio y Padre de las misericordias, si fuere de vuestra gloria y beneplácito, desea mi alma que para su tránsito se hallen presentes los Apóstoles, mis señores y ungidos vuestros, con los otros discipulos, para que oren por mí, y con su bendicion parta yo de esta vida para la eterna.* Á esta peticion la respondió su Hijo santísimo: *Madre mia amantísima, ya vienen mis Apóstoles á vuestra presencia, y los que están cerca llegarán con brevedad, y por los demás que están muy léjos enviaré á mis Angeles que los traigan; porque mi voluntad es, que asistan todos á vuestro glorioso tránsito para consuelo vuestro y el suyo, en veros partir á mis eternas moradas, y para lo que fuere de mayor gloria mia y vuestra.* Este nuevo favor y los demás agradeció María santísima postrada en tierra; con que las divinas Personas se volvieron al cielo empireo.

Doctrina que me dió la reina de los Angeles María santísima.

728. Hija mia, por lo que admiras de la estimacion que yo hice de la santa Iglesia y del amor grande que la tuve, quiero ayudar mas á tus afectos para que tú tambien concibas de ella nuevo aprecio y veneracion. No puedes entender en carne mortal lo que por mi interior pasaba mirando á la santa Iglesia. Sobre lo que has conocido entenderás mas, si ponderas las causas que movian mi corazon. Estas fueron el amor y obras de mi Hijo santísimo con la misma Iglesia, y ellas han de ser tu meditacion de dia y de noche; pues en lo que hizo su Majestad por la Iglesia conocerás el amor que la tuvo. Para ser su cabeza en este mundo y siempre, de los predeterminados¹, descendió del seno del eterno Padre, y tomó carne humana en mis entrañas. Para recobrar á sus hijos perdidos² por el primer pecado de Adán, tomó carne mortal y pasible. Para dejar el ejemplar de su inculpable vida³ y la doctrina verdadera y saludable, vivió y conversó con los hombres⁴ treinta y tres años. Para redimirlos con efecto, y merecer infinitos bienes de gracia y gloria, que no podian merecer los fieles, padeció durísima pasion, derramó su sangre, y admitió la muerte dolorosa y afrentosa en la cruz⁵. Para que de su sagrado cuerpo ya difunto saliera misteriosamente la Iglesia, se le dejó romper con la lanza⁶.

¹ Colos. i, 18; Rom. viii, 29. — ² Luc. xix, 10. — ³ I Petr. ii, 21.

⁴ Baruch, iii, 38. — ⁵ Philip. ii, 8. — ⁶ Joan. xix, 34.

729. Y porque el eterno Padre se complació tanto de su vida, pasión y muerte, ordenó el mismo Redentor en la Iglesia el sacrificio de su cuerpo y sangre ¹, en que se renovase su memoria, y los fieles le ofreciesen para aplacar y satisfacer á la divina Justicia: y junto con esto se quedase sacramentado perpétuamente en la Iglesia para alimento espiritual de sus hijos, y que tuviesen consigo la misma fuente de la gracia, viático y prenda cierta de la vida eterna. Sobre todo esto envió sobre la Iglesia al Espíritu Santo ², que la llenase de sus dones y sabiduría; prometiéndosele, para que siempre la encaminase y gobernase sin errores, sin sospecha y sin peligro ³. Enriquecióla con todos los merecimientos de su pasión, vida y muerte, aplicándoselos por medio de los Sacramentos, ordenando todos los que eran necesarios para los hombres, desde que nacen hasta que mueren, para lavarse de los pecados, y ayudarse á perseverar en su gracia, defenderse de los demonios, y vencerlos con las armas de la Iglesia; y para quebrantar las propias y naturales pasiones, dejando ministros proporcionados y convenientes para todo. Comunicase en la Iglesia militante familiarmente con las almas santas; hácelas participantes de sus ocultos y secretos favores; obra milagros y maravillas por ellas, y cuando conviene para su gloria, obligase de sus obras; oye sus peticiones por sí mismas y por otras, para que en la Iglesia se conserve la comunión de los Santos.

730. Dejó en ella otra fuente de luz y de verdad, que son los santos Evangelios y las sagradas Escrituras dictadas por el Espíritu Santo, las determinaciones de los sagrados concilios, las tradiciones ciertas y antiguas. Envío á sus tiempos oportunos doctores santos llenos de sabiduría; dióla maestros y varones doctos, predicadores y ministros en abundancia. Ilustróla con admirables Santos; hermoseóla con variedad de religiones donde se conserve y profese la vida perfecta y apostólica; gobiérnala con muchos prelados y dignidades. Y para que todo fuese con orden y concierto, puso en ella una cabeza superior, que es el Pontífice romano, vicario suyo con plenitud suprema y divina potestad, como cabeza deste cuerpo místico y hermosísimo, y le defiende y guarda hasta el fin del mundo contra las potestades de la tierra y del infierno ⁴. Y entre todos estos beneficios que hizo y hace á su amada la Iglesia, no fue el menor dejarme á mí en ella, despues de su admirable ascension á los cielos, para que la gobernase y plantase con mis merecimientos y presencia. Desde entonces y para siempre tengo por mia esta Igle-

¹ Luc. xxii, 19. — ² Act. ii, 2. — ³ Joan. xv, 26. — ⁴ Matth. xvi, 18.

sia, el muy alto me hizo esta donacion, y me mandó cuidase de ella como su Madre y Señora.

731. Estos son, carísima, los grandes títulos y motivos que yo tuve y los que ahora tengo para el amor que en mí has conocido con la santa Iglesia, y los que yo quiero que despierten y enciendan tu corazón para imitarme en todo lo que te toca como mi discípula, hija mia, y de la misma Iglesia. Ámala, respétala y estímala con todo tu corazón, goza de sus tesoros, logra las riquezas de el cielo, que con su mismo Autor están depositadas en la Iglesia. Procura unirla contigo y á tí con ella, pues en ella tienes refugio y remedio, consuelo en tus trabajos, esperanza en tu destierro, luz y verdad que te encamina entre las tinieblas del mundo. Por esta Iglesia santa quiero que trabajes todo lo que te restare de vida, pues para este fin se te ha concedido, y para que me imites y sigas en la solitud infatigable que yo tuve con ella en la vida mortal; esta es tu mayor dicha que debes agradecer eternamente. Y quiero, hija mia, adviertas que con este intento y deseo te he aplicado mucha parte de los tesoros de la Iglesia para que escribas mi Vida; y el Señor te eligió por instrumento y secretaria de sus misterios y sacramentos ocultos para los fines de su mayor gloria. Y no entiendas que con haber trabajado algo en esto le has dado parte de retorno con que desempeñarte de esta deuda; porque antes quedas ahora mas empenada y obligada para poner en ejecucion toda la doctrina que has escrito; y mientras no lo hicieres siempre estarás pobre, sin descargo de tu deuda, y con rigor se te pedirá cuenta del recibo. Ahora es tiempo de trabajar, para que te halles prevenida y desocupada en la hora de tu muerte, y no tengas impedimento para recibir al Esposo. Atiende al desembarazo en que yo estaba abstraída y libre de todo lo terreno; y por esta regla quiero que te gobiernes, y que no te falte aceite ¹ de la luz y del amor, para que entres á las bodas del Esposo, franqueándote las puertas de su infinita misericordia y clemencia.

CAPÍTULO XIX.

El tránsito felicísimo y glorioso de María santísima; y como los Apóstoles y discípulos llegaron antes á Jerusalem, y se hallaron presentes á él.

Tres días antes del tránsito de María se hallaron congregados los Apóstoles y discípulos de Jerusalem. — Fue san Pedro el primero que llegó, avisado y

¹ Matth. xxv, 3.